

Que tus hijos tengan iniciativa

CRONICA VIVA DE UNAS LARGAS SESIONES DE ESCUELA DE PADRES

Ya sabemos lo de las tres quejas.

—La primera es de los que dicen: «¿Iniciativa? ... ¡Si no para un momento! ... Lo que hay que ponerle es freno. ¡Se le ocurre cada una...!»

—La segunda queja: «Es un pazuato. No tiene muchos amigos. Se le pasa el tiempo, sin hacer nada. Por mucho que le digas, se nos queda parado».

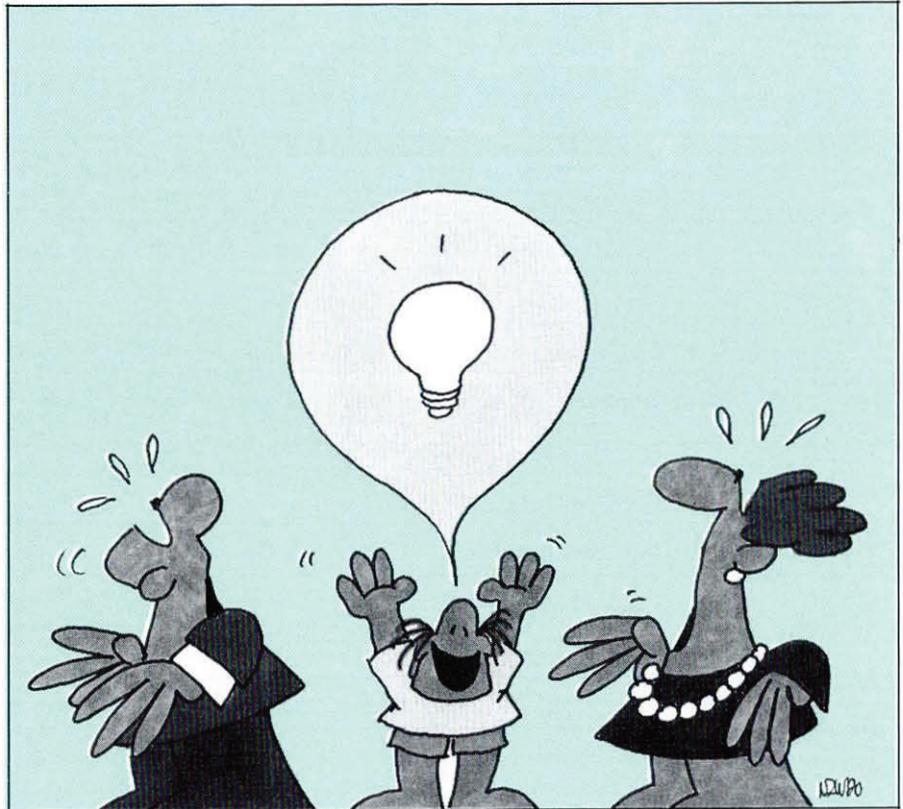
—Y una tercera: «Nuestro caso es especial. Para unas cosas, para lo que le gusta, tiene iniciativa de sobra. Pero, como le mandes algo que no le gusta, aunque sea correcto y necesario lo que se le manda, no hay forma de que se mueva».

¿Cuál ha sido la última «iniciativa» que has tenido?

Sí, tú. Contigo mismo o con tu hijo o con quien quieras. Recuerda: ¿cuál ha sido la última iniciativa que has tenido en cualquier aspecto de tu vida? No hace falta, por supuesto, que sea una iniciativa grande, enorme, trascendental. Basta con una simple iniciativa. Algo que partió de tí, comenzaste tú, te lo buscaste, lo hiciste porque querías, porque así lo veías mejor racionalmente o porque te gustaba mucho el hacerlo. Recuerda y trata de contártela a tí mismo o, si estás en un grupo, por ejemplo, de escuela de padres, intenta contarla a todos y que cada uno, luego, cuente la suya.

¿Cuál es la «iniciativa» que te gustaría llevar a cabo, pero no lo acabas de conseguir?

¿Por qué? ¿Tienes miedo? ¿No te atreves? ¿Dudas? No se trata aquí de buscar o contar ciertos ensueños, que ya desde el principio consideramos imposibles, sino de relatar ese tipo de iniciativa que parece está al alcance de tu mano y nunca das el paso definitivo. ¿Por qué no logramos esa iniciativa? ¿Qué es lo que nos falta? El relato de este tipo de iniciativas suele comenzar así: «Me gustaría hacer esto... Creo que soy capaz de ello... No veo así ningún motivo fuerte para no hacerlo... Pero, nunca sé bien por qué, el caso es que no logro arrancar». Piensa en esa iniciativa.



¿Qué es una iniciativa?

Así, en sentido literal, suele afirmarse que tienen iniciativa aquellos que inventan cosas, hacen algo voluntariamente, se le ocurren ideas nuevas y, en definitiva, comienzan, inician, rompen filas y estrenan o cierran caminos. En cambio, el que cumple, sin más, el que hace lo de siempre, aunque lo haga bien, el que se apunta a lo establecido, el que se deja llevar por otros, el que no ofrece nuevas soluciones, el que tiene quizá ideas pero no las pone en práctica... suele decirse que no tiene iniciativa. A tu juicio, ¿qué es, por tanto, tener iniciativa?

¿Tienen tus hijos, «iniciativa»?

Y volvemos con ello al problema de las tres quejas del principio: los que desearían que sus hijos no tuvieran tantas iniciativas, los que desean que tuvieran algunas más y los que preferirían que, iniciativas sí, pero no sólo sobre lo que a ellos les gusta. Haremos un pequeño análisis de cada una de estas tres reacciones.

a) «¡Ojalá no tuviera tanta iniciativa!»

Los que así hablan se quejan generalmente no de que el hijo tenga «iniciativa» sino de que tenga tantas iniciativas, de que se le ocurran tantas cosas continuamente y ande siempre metido en ideas y no pare un momento de hacer y hacer cosas, sin pensar bien lo que hace. «Siempre anda metido en líos», dicen. El que tengan iniciativa, que se le ocurran ideas, que no se dejen avasallar por los problemas y logren salir de ellos es algo que todos desean para sus hijos. En cambio, cuando dicen eso de que «a mi hijo se le ocurren todos los días diez o doce iniciativas», se están refiriendo a que se le ocurren muchas cosas, no se está quieto un momento, es demasiado activo y no piensa bien lo que hace.

b) «¡Ojalá tuviera algo más de iniciativa!»

Se les queda en casa. No sale. Apenas tiene amigos. Se arruga ante los acontecimientos. Incluso si saca buenas notas, los padres suelen hablar de su timidez o de su angustia por hacer y cumplir todo lo que le mandan. No tiene iniciativa propia y siempre anda preguntando qué ha de hacer en cada caso. «Anda, espabila, vete con amigos, ¿por qué no

sales?». La respuesta tampoco es sencilla. En realidad no sabe bien qué responder; pero lo que sí conoce es que otras veces no le ha ido demasiado bien y prefiere no jugarse la aventura.



c) «Tiene iniciativa sólo en lo que le gusta»

Es una iniciativa selectiva. Lo que no le gusta, no lo hace o lo hace a regañadientes y porque no hay más remedio. Pero, en cambio, tiene una actividad intensa y bien ordenada en aquello que le gusta. No se puede decir, por tanto, que no tiene iniciativa ni, por otra parte, puede afirmarse que sea lo del primer caso: una persona que hace y hace, por un impulso de actividad, sin ver muy bien por qué lo hace. Se trata, más bien de una iniciativa selectiva: hace lo que quiere y, eso, lo hace bien. Lo demás carece de verdadero interés y se resiste o dilata el hacerlo.

¿Se puede fomentar la iniciativa?

—En primer lugar, recordando que así, espontáneamente, sólo se tiene iniciativa cuando a uno le interesan de verdad las cosas que son objeto de iniciativa. A nadie se le puede pedir, sin más, que tenga iniciativa sobre lectura de libros si nunca le ha interesado ni ha experimentado por su cuenta esa forma de cultura e información.

—En segundo lugar, pensar que la iniciativa, como otras muchas cosas, es susceptible de mejora, se educa; esto es, se puede lograr que una persona que no suele tener iniciativas pueda comenzar a tenerlas, si se usan para ello las estrategias adecuadas.

Pequeñas estrategias para fomentar la iniciativa

Sobre todo, eso: pequeñas, menudas, pero constantes. No se trata de la gran estrategia, del gran esfuerzo para lograr que los niños tengan iniciativa. Es necesario cultivar la iniciativa cada día y de una forma permanente en las diversas ocasiones que se nos presentan. Para examinarlo mejor, vamos a poner una serie de situaciones, distinguiendo dos cosas en cada una de ellas: qué suele hacerse y qué debería hacerse si pretendemos fomentar la iniciativa en el niño.

*** Iniciativa 1: «Aceptar que cada hijo es único y diferente»**

+ SITUACION: «Era un día de fiesta. La familia y tres hijas: Andrea, 13 años; Laura, 11; Sofía, 6. Están invitados en una casa con río y monte al lado. Todas se distraen en juegos con sus amigos. Laura se dedica, sola, o con otra persona mayor a andar a lo suyo, capturando saltamontes y grillos. La tía dice: Laura siempre anda a lo suyo y es distinta a los demás». Respondió la madre... «pues, sí, las tres son distintas, no sé qué hacer: la mayor, siempre a lo de la casa, a lo que mandes, casi le gusta que le mandes; la pequeña es mimosa a más no poder, pero tiene muchísima gracia... y Laura se dedica a lo suyo... pues sí, cada una es diferente... no sé...».

= ANALISIS: Muchas veces suele decirse que «no sé cómo salió así... a las tres las hemos tratado igual», culpabilizándonos de algún modo, como si dependiera de nosotros el que fueran iguales o no. Cada una de las hijas se ve sin duda en una situación diferente y, si tiene iniciativa, intenta trazarse su camino y no ir por el que las otras hermanas ya tienen trillado y en el que ella no ve una ocasión especial de éxito. Es difícil quizá en este caso concreto ganarle en responsabilidad a la mayor; y, por supuesto, superar en mimo y simpatía a la situación privilegiada de la más pequeña. Pero todavía hay más: aunque aceptemos ya este hecho de que son diferentes, lo realmente importante es no sólo cómo la vemos nosotros sino cómo se ve ella y por qué trata de diferenciarse de las otras y procurar su camino nuevo. Posiblemente, ya lo tenía cuando se sintió segunda en edad, pero lo confirmó más cuando vino la pequeña. Entonces, en vez de hablar de formas raras de comportamiento, ¿no valdría la pena conocer su sentimiento de ser «única en su especie» y la necesidad clara de demostrarlo para que los demás también se enteren? Es muy probable que, si los demás no se dan por enterados, comience entonces a hacer cosas que pueden parecer raras, pero que no son más que una manera de intentar que los demás se fijen en ella. La falta, pues, de atender a la singularidad de cada cual, a su ser único, hace que los niños tengan frecuentemente comportamientos extraños. El proporcionarles, en cambio, facilidad para que sean ellos mismos constructores de sus propios caminos, y no repetidores, ayudará su iniciativa.

*** Iniciativa 2: «¿Sabe hacerse las cosas bien, él solo?»**

+ SITUACION: «Pedro tiene 8 años y juega al fútbol como un descosido. Está gordito y rosa, que es un primor, sobre todo después de los veinte primeros minutos de sus ardo-

res deportivos. Pues eso, el problema está en que anda descosido; cada veinte minutos acude a quien puede para que le aten las zapatillas. «Es problema de barriga, dicen algunos, es que no llega a la planta del pie». Pero eso no es cierto: se dobla muy bien y deja atrás en su gimnasia a muchos delgaduchos del equipo. Por otra parte, cuando llega a casa, tira las cosas y no sabe nunca dónde las dejó. Luego se enfada enormemente y echa la culpa a su hermana que no suele tener culpa de nada.»

= ANALISIS: ¿Cuántas cosas sabe hacerse solo? ¿Cómo logran unos niños atar sus zapatos, limpiar sus dientes, recoger su mesa y, a veces, la de otros, poner en remojo su pantalón de baño recién llegado del mar, preparar su merienda, poner en hora su despertador, forrar sus libros de texto, hacer sus cuentas de cuánto valen tres helados a la semana, sacar un billete de autobús y calcular que, si pierde su camiseta diez veces al año, se queda sin ella y se acabó?

En una encuesta a niños del Benelux se hallaron, por ejemplo, datos singulares en los hijos de muchas maestras, aunque naturalmente no siempre de todas: eran más inteligentes y tenían más iniciativa que bastantes de sus compañeros. La razón de todo estaba, a juzgar por el análisis de datos que hicieron los estudiosos de este tipo de resultados, es que estas madres, en vez de solucionar tantas cosas a los niños, les daban pistas y pequeñas ayudas para que ellos fueran arreglándoselas solos. Por ejemplo, desde que el niño tenía cierta edad, no le abrochaban ya el abrigo o le colocaban sin más los bolis en el lapicero: ellos habían de arreglárselas para lograrlo solos, aunque las cosas no quedasen a veces tan bien y armónicas como a los mayores nos gustan. El que sepa hacerse las cosas solo, sin ayuda continua y sistemática por parte del adulto, es una buena garantía para que empiece a tomar iniciativas.



*** Iniciativa 3: «Pase lo que pase, ante todo, es mi hijo, ¿no?»**

+ SITUACION: «Le llamó el profesor de matemáticas. El padre de Roberto, 9 años, no dudó en ir solo. La madre estaba enferma, con un aparentemente ligero catarro, pe-

ro que, a juicio del médico, duraba quizá demasiado tiempo. Roberto había sido el iniciador de todo: otros dos alumnos más y él quemaron, por hacerle una broma, los apuntes al listo de la clase. «Además, dijo el profesor —que tomó las cosas con cierta paciencia y sin exageración— Roberto se empuñó siempre en negarlo, incluso cuando los otros compañeros admitieron su título de incendiarios con cierta facilidad... Ahora ya no le insisto mucho, porque lo único que hace es ponerse a llorar... Pero algo hay que hacer en clase, ¿no le parece?... La cosa no debe quedar así, sin más»... El padre se prestó naturalmente a deshacer el entuerto. Cuando llegó a casa, llevaba el rostro airado...»

De repente, se encontró con Roberto que se saltaba a toda prisa los tres últimos escalones.

—Voy a comprar cinco kilos de limones...

—¿Cinco kilos de limones?... ¿No basta uno, dijo el padre?...

—Pues... no sé, respondió Roberto. Pero yo quiero que mamá tenga por lo menos cinco kilos. En todo el día no pudo tomar un zumo, porque no había limones.

—¿Llevas dinero?

—No, pero a la señora Rosa le pago mañana.

—¿Con qué?

—Con el bocadillo; con el dinero del bocadillo. Me quedo sin él y ya está.

—...

—Hola, Pity, ¿cómo estás... cómo va eso?

—Mal, Antonio. Tengo la garganta seca y áspera. No puedo tragar nada... Me duele un montón y tengo una especie de fiebre, que no es fiebre... No sé...

—Ahora se te irá todo, mujer, no te preocupes. Verás cómo te pasa. Un zumito de limón y verás cómo se te va eso enseguida. Tú no te levantes de la cama.

—Nada... no tengo ganas ni de zumos.

—¿Entonces, a dónde iba Roberto?

—A comprarse el bocadillo.

—No hija, Roberto fue a comprarte limones.

—¿Limones? ¿No iba a comprarse un bocadillo?

—Limones, sí, limones... ¿Cinco kilos de limones!

—¿Cinco kilos de limones?

—... (Entra Roberto sigilosamente y hace señar a su padre para que venga. Este dice a su mujer que va a hacerse un café a la cocina, y en bajito, pregunta a Roberto qué quiere)

—Papá, doña Rosa no tiene limones. ¿A dónde voy...?

—Toma, hijo... mil pesetas... y cómprate un buen bocadillo... Mamá no quiere... bueno, ahora mismo, no es capaz de tomar limones.

—¿Mil pesetas para un bocadillo?

—Sí, hombre, cómpratelo bien grande, ha-la, bien grande.

—... Mamá está mal, ¿no?

—Bueno, anda, ahora cómprate el bocadillo. Luego ya hablaremos.

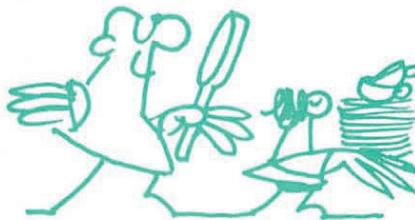
—... (Al cabo de diez minutos, vuelve Roberto con cinco kilos de limones y pone la vuelta restante del dinero en el pequeñito cesto de la cocina... Desde lejos, oye hablar a sus padres... y se queda asustado: «Mira, Pity, he llamado al médico y dice que nos vayamos inmediatamente al Sanatorio»... Luego los ve venir lentamente por el pasillo...)

—¿Compraste el bocadillo, Rober?

—Sí, papá, ya me lo comí de tres bocados. ¡Tenía un hambre!

—¡Glotón!, dijo su madre, te vas empachar... Vamos a dar una vuelta y volvemos enseguida... Si quieres algo, llamas a la tía. ¿Vale?

—Bueno... vale..., dijo Rober, que sintió como nunca, por vez primera, los dedos helados de mamá sobre su pelo revuelto. Y se arrimó contra el armario para que nadie viera los cinco kilos enormes de los mejores limones del mercado.



—... (A la vuelta, papá encontró a Rober dormido sobre cualquiera de los libros de texto, abierto al revés).

—Despierta, Rober, dijo su padre... ¿Has cenado algo?

—¿Y mamá?

—... Mamá... se queda hoy allí... bueno, en el Sanatorio. Tienen que hacerle unas pruebas. Bueno... no es nada de importancia.

—Papá, ¿y los limones?

—... (Papá abrazó a Rober con toda el alma. Por tres días enteros, hasta que ella volvió del Sanatorio, se olvidó de llamar al profesor de matemáticas por aquello del incendio de los apuntes del niño listo. Sólo al cuarto día telefoneó al colegio diciendo):

—Usted perdone. No pude telefonarle antes porque tuve a mi esposa en el Sanatorio... Hoy voy a decirle al chico...

—No. No le diga nada. Hace tres días que Rober habló conmigo... Cosa de chiquillos. Nada, una tontería. Todo se arregló, no se preocupe.

= ANALISIS: Antes de todo, sobre todo, encima de todo, si quieres que Rober tome la iniciativa de ser valiente y decir lo que hizo, pase lo que pase, que Rober se sienta hijo tuyo y que eso no lo va a perder por más gamberradas que se empeñe en hacer.

—Y, a propósito, hombre, ¿qué hicisteis con los limones?

* Iniciativa 4: «Cázale haciendo algo bueno»

+ SITUACION: «Mi abuelo siempre nos daba una especie de bendición mítica. Era todo, desde luego, un tanto ancestral. Ponía las manos sobre mi cabeza y, debajo de ellas, entre el pelo mío y las palmas suyas, colocaba una sorpresa: un caramelo, dos pesetas, un regaliz. Y decía: «Por haber sido bueno hoy y haber recogido las servilletas... toma... ¡estas pesetas!», o lo que fuere; pero siempre bendición en verso. Al día siguiente, antes de que el abuelo dijera buenas noches, todo el mundo nos apresurábamos en hacer ante sus ojos la buena acción de cada día. Luego, cuando el abuelo se fue, y aun ahora, no sé hacer cosa buena y linda sin que sienta sus manos apretando mis canas contra el cerebro... No hay modo de perder memoria de alguien que se enteraba siempre de cualquier cosa buena, por pequeña que fuere, que casi por casualidad uno hacía».

= ANALISIS: Eso. No hay mejor forma de suscitar iniciativas que «andar a la caza» de cosas buenas en tu hijo. Y que él note que «le has pillado». Con el tiempo hará tantas, que nunca te irás de su recuerdo. Y, aunque tú no busques esto y seas una persona que prefiere que los hijos hagan las cosas porque sí, sin pensar en si les ven o no, no le privas de este delicioso juego del escondite.

* Iniciativa 5: «Pídele opinión sobre las cosas»

+ SITUACION: «A lo largo del año, tres o cuatro veces quizá, siempre viene alguien a casa y es necesario componer un poco esto del reparto de camas entre los tres hijos que tenemos. ¿Cómo lo arreglamos? A veces, mandamos a Jose (11 años) a dormir a la butaca del salón, cosa que muchos días le gusta. Otros días, en cambio, duermen en las dos camas que hay en la habitación de Zacas (16). A él no le importa, pero hay que reconocer que Jose es un pesado y le revuelve todo cuanto queda sobre la mesa, le anda en el ordenador, yo qué sé. En cambio, la habitación de Marta es un comodín continuo, por eso de que tiene todavía 8 años; pero en ella hay también dos camas grandes. A veces nos hacemos un lío enorme... y yo creo que, como soy su madre, me envuelven un poco. Su padre dice que por sorteo y se acabó... ¿Qué pensáis los del grupo?... ¿No tenéis así problemas en esto o lo arregláis bien?

= ANALISIS: El grupo no se puso muy de acuerdo con esto que suelen decir sobre pedir la opinión para casi todo. Muchos se arman un lío y luego hay que cortar por lo sano y es peor. En lo que sí coinciden es que, si pides opinión en cosas que le toca directamente a la vida de ellos, salen muchísimos asuntos a relucir y empiezan a hablarte de si

un día pasó esto y el otro no sé qué más. Lo más difícil —decían todos— es combinar entre pedirle su opinión y tomar luego una decisión que, generalmente, si hubo discusión, va a perjudicar o al menos ir en contra de alguna de las partes. Sin embargo, alguien insistía: «Es un derecho que tienen, el que se les pida su opinión. Luego, si no hay acuerdo, alguien tendrá que perder; pero verás cómo aprenden a ponerse de acuerdo. Y, en definitiva, la única forma de que no se arruguen y tengan iniciativas es que se cuente con ellos. De lo contrario se inhiben, se rebelan o no colaboran en otras cosas. Sí, para fomentar iniciativas, hay que pedirle su opinión en cosas que les tocan de cerca».

*** Iniciativa 6: «Cuando dice me duele algo, fíjate en el me, y, por supuesto, en el dolor»**

+ SITUACION: «Nunca le hicimos mucho caso a sus supuestos dolores. O, si quiere, a sus dolores reales; pero que eran tan pequeños e insignificantes ante los que el médico, un poco hartado, aunque siempre sonriente, solía decir: «bueno, otra aspirina y ya está». Así, durante tiempo y tiempo. Ahora, a sus 16 años, no le duele nada en especial. Pero es un chico demasiado preocupado por todo: si le falta esto o aquello, ya no quiere ir a examinarse; si no le levanta el pantalón aquel a tiempo, ya no sale o se pone tristonzo durante días; si no encuentra el diccionario que busca, siempre llevó muy buenas notas, se pasa dos días que no quiere ir a clase... Yo que sé. No es fácil la solución. Yo soy controlador aéreo y reconozco que, a veces, llego cansado a casa y pregunto por todo, por todo...»

= ANALISIS: Precisamente, lo que usted decía al principio de que las enfermedades no tenían importancia, pero eran muy abundantes, puede dar una pista para todo. ¿No le parece que algo buscaba con todo ello? Quizá



el ser atendido, quizá una falta de seguridad en sí mismo, un querer controlarlo todo y que no falle nada... ¿No le pasa ahora lo mismo con los pantalones o los exámenes?... Habrá que fijarse, pues, aunque ya va mayorcito, más en el «me», cuando dice «me duele», que en lo que le duele realmente, una vez que, según el doctor, la cosa es de aspirinas y su hijo está fuerte como un tiburón. Por otra par-

te, la seguridad no se educa haciéndole arriesgar a lo loco y metiéndole en apuros a ver si sale. Un fallo le retraería mucho más. El fracaso no educa a nadie; sólo educa y da firmeza en sí mismo el éxito de haber superado el fracaso. El contacto con grupos que hacen algo, ayuda en una obra social, arriesgan un poco por conseguir cosas para los demás suelen ser una buena ocasión de que entrene un tanto su audacia sin que se ponga tanto en juego su propia persona. El luchar en algo por los demás puede ser un excelente entrenamiento para que luego tengan iniciativas de mayor riesgo consigo mismo. Pero lo dicho: no se fije tanto en el «duele» como en el «me».

*** Iniciativa 7: «No le digas haz lo que quieras, mientras tus gestos se irritan y desesperan si no hace lo que a ti te gusta»**

+ SITUACION: «Mi hija, 17 años, siempre se me queda mirando cuando le digo algo o le doy un permiso para llegar tarde o lo que sea. Como si no se fiara de lo que le digo. A veces me irrita y le respondo: ¿Qué? ¿Tengo moscas en los ojos o qué?... Venga, ya te lo dije: vete, vete; te doy permiso; hazlo, hazlo... ya te dije que te daba permiso... Allá tú... pero yo te lo doy... te lo doy. Habla con tu padre, si quieres, pero yo te doy permiso... ¡No faltaba más!»

= ANALISIS: Los componentes del grupo de Escuela de Padres opinaron con frases como estas:

—¿Por qué le amenazas con lo de que hables con su padre?»

—¿Para que le repites tanto?... Como si no estuvieses convencida...»

La verdad es que casi todos convenían en que no hay manera de tratar de engañar a los hijos. Y que, si dices algo convencida, se te va a notar. Y, si dudas, es mejor que digas que dudas o que estás en contra o lo que fuere. Pero no debes andar dándole vueltas.

Hay una prueba muy simpática que se hace con bebés: se les coloca gateando sobre una placa de cristal o plástico duro transparente de unos 6 metros de longitud. Esta placa está elevada unos 50 cm. del suelo y sostenida por patas, como si fuera una mesa, o elevada sobre laterales también de cristal como si fuera un cajón alargado. La primera mitad de la plataforma está pintada de cuadraditos blancos y negros como los del tablero de ajedrez. La segunda mitad, el cristal es transparente. La madre se sitúa al principio de la placa y el niño arranca gateando, dando espaldas a la madre. Al principio, avanza un poco sobre el terreno de los cuadraditos pero mirando siempre de vez en cuando hacia atrás, hacia la madre a ver si asiente o no en lo que está haciendo y se puede sentir seguro en su avance gatuno. Pero, al llegar a la segunda mitad de la superficie, donde la placa es totalmente transparente y se ve el

suelo a través de ella, el niño irremisiblemente se para y mira atrás a la madre. Si ella no hace un gesto de sorpresa o susto ante el posible avance del niño, él comienza el tanteo de seguir adelante; pero si ve que la madre se asusta, el niño se vuelve para atrás inmediatamente, como si le entrara pavor de atravesarse a caminar sobre el vacío sobre la placa translúcida. Dar confianza para que él tenga iniciativa, no consiste sólo en decirle «¡adelante!» si con el gesto o la mirada estás transmitiendo otra cosa.



*** Iniciativa 8: «Escucha lo que siente tu hijo y no tanto lo que dice»**

+ SITUACION: «Estaba yo en la cocina, preparando una cena de verano. Y siento que viene Carlos, 3 años, corriendo con esa ruedecita dentada que está enganchada en un palo y hace tac, tac, tac cuando se le empuja...»

—Mamá, hoy... voy... a comer todo, todo, todo...

—Hoy lo vas comer, todo, todo, todo... le respondí imitando alegremente su tono entusiasta.

—¡Toooooo!... me dijo.

Y se fue de nuevo hacia la huerta fresca. Al poco rato, y empujando más lentamente su tac, tac, tac, blanco, azul y rosa... llegó empujándose a mí también dulcemente y dejando caer su cabeza sobre mis faldas.

—Me lo voy a comer todo: la «ensadilla», la «zahoria», el pan... todo... todo

—No var a dejar nada...

—Nada. Me lo como todo.

—Y salió de nuevo hacia la huerta húmeda. Al cabo de algún tiempo, más lentamente, llegó de nuevo con su tac... tac... tac retardante. Se paró ante mí y, llorando casi, me dijo:

—Yo quiero estar gordo, gordo, gordo... Me lo quiero comer todo.

—Gordo, gordo, gordo...

—Como Lío, yo quiero ser como Lío.

—Lío era mi segundo hijo, y tenía entonces cuatro meses. La gente, cuando venía a cada, solía decir: «¡Menudo Lío!... Este sí que está gordito y no el birria ese (lo decían con humor, claro, y tomándole el pelo para

hacerle rabiarse un poco)... el birria este de Carlos que pesaba dos kilos escasos... ¡Birria, que estás hecho una birria! (Y le daban dos besos, como compensación sonora a la broma de siempre)... Jamás me hubiese enterado de los celos tan tempranos de Carlos con Lío si no hubiera aprendido desde hace tiempo que, si quieres escuchar a un niño, lo importante no son las palabras que dice sino el sentimiento que nos quiere transmitir con ellas.

Si quieres que tu hijo siga teniendo iniciativa de comunicarse contigo, fíjate no tanto en lo que dice, sino en el sentimiento que quiere transmitirte.

*** Iniciativa 9: «Refleja sus habilidades»**

+ SITUACION: «La verdad es que son dos niñas hermosísimas, pero no hacen nada en esto de los estudios. Como son gemelas, siempre las pusimos en clase juntas en la misma sección. No sé si será por eso; pero, una por otra, difícilmente van superando cada curso. El año pasado, sin embargo, fue curioso, siguió afirmando el Tutor. Ambas superaron 7.º de EGB, quedándoles sólo una asignatura bien distinta: matemáticas, a una, y plástica, a la otra».



—Los padres nos preocupamos muchas veces de cómo romper suavemente esa igualdad física de los gemelos, proporcionándole a cada uno la oportunidad de ser distinto y, por otra parte, no nos atrevemos casi nunca a deshacer ese rito externo de vestirlos de la misma forma.

—¿Cómo hacer que cada uno siga sus gustos particulares si, desde el principio, ven que a toda la gente casi les cae en gracia que sigan y se vean igualitos y que nadie, fuera de su familia, es capaz de distinguirlos?

—Yo creo que había que romper pronto con eso, vistiéndolos, por ejemplo, de distinta forma.

—Yo creo que no. Ya ellos, si no los fuerzas a ser lo mismo, ya arrancan, con el tiempo, por donde quieren.

—No. Yo creo que, si no comienzas pronto, luego ya es tarde...

= ANALISIS: El tema de los gemelos, por supuesto, no es un tema fácil; pero lo que sí parece cierto es que siempre da una gran

oportunidad para comprobar hasta qué punto las capacidades y habilidades personales tienen un condicionante genético o dependen en gran cuantía de factores ambientales, de las expectativas que los padres tienen de ellos y, por supuesto, de la libre opción que cada uno de los dos va teniendo en función de lo que ve en el otro y del camino que se va abriendo por su propia cuenta. Sea como fuere este tema, lo que está más comprobado es que el apoyo que pueda darse a las habilidades que cada uno muestra, es sin duda una fuente singular de iniciativa, tanto en el caso específico de los gemelos como en el de los demás hijos.

*** Iniciativa 10: «No le digas sólo te quiero. Hazlo»**

+ SITUACION: «¿Qué pensáis los demás papás, sólo papás... aquí las mamás os tenéis que estar calladas un momento... qué opináis sobre eso de decirle tantas veces a los hijos... pequeños y mayores... eso de «amor mío», «cielo mío», «encanto»... que les dicen las mamás a menudo?... Hombre, yo no digo que en ciertas ocasiones... incluso a los mayorcitos nos gusta oírlo... je, je... pero, vamos, yo creo que, sin insultar a nadie, muchas veces son palabras vacías».

—¿Podemos hablar ya nosotras?...

—Eh, un momento, un momento... todavía no hemos hablado nadie de nosotros... sólo el que expuso el tema...

—Bueno, yo creo que eso no tiene importancia. Es un lenguaje normal de las madres, ¿no?

—No de todas las madres. Unas lo dicen y otras, no tanto...

—Sí... algunas lo hacemos y otras no... pero no por eso...

—¡Eh, silencio!... Papás solos, hemos dicho.

—Yo creo que los niños ni se dan cuenta de eso. Lo importante es que se sientan queridos o no, digo yo... lo otro es una cuestión que no tiene importancia.

—Yo, sin tratar de ofender a nadie, distinguiría un poco: a veces, esas palabras pueden no ser más que una compensación de una cierta falta de amor o de percibir que uno no sabe cómo hacer para darle a entender al hijo que le quieres de verdad cada día y en cada momento y, entonces, usas esas palabritas... (murmullas en el grupo)... Otras... otras veces, quizá las más, por supuesto, es una manera sincera que cada persona tiene de expresar el amor que lleva dentro.

—No. Yo no creo que sea demasiado filosófico lo que dice Pedro... Esta es una cosa que nos pasa a todos... A veces compensamos con palabras lo que no podemos hacer por otra persona... «Lo siendo mucho, de verdad... de verdad que lo siento mucho... tú ya sabes que para mí has sido siempre una



persona excelente...» En fin, no sabemos qué decir, pero es que posiblemente no sabíamos qué hacer por esa persona...

+ ANALISIS: A todos nos disgusta ver a una persona que dice cosas y cosas, pero que no hace demasiado por la otra, teniendo en sus manos el poder hacer algo. Eso, como decíamos todos en el grupo, es lo importante. Pero, si además de hacer lo posible por el otro, lo adorna con frases tan... suaves... yo creo que es un lenguaje bien humano, ¿no? Lo que sí parece probable, una vez más, que en esto de fomentar la iniciativa del niño, no basta con decirle «te quiero» sino hacerlo: en fin, lo clásico, obras son amores...

*** Iniciativa 11: «Toma en serio sus problemas»**

+ SITUACION: «Lucía, 4 años, quería ir al circo porque, según decía, le había prometido a su amiguito Ronald, 5 años, ir al circo... Y, además, se lo dijo delante del padre de Ronald... y el padre de Ronald le dijo que sí, que los llevaba a los dos... 'Y Ronald me dijo que, si no iba al circo con él, me mataba' Pero los papás de Lucía casi ni le oyen, distraídos hoy con otro matrimonio que tienen dos hijos, de 3 y 7 años, ha venido a comer este sábado... de vez en cuando, le





repite a Lucía: «¿Por qué no juegas ahora en casa con Patri y Ester, que están aquí? Juega con ellos... Lucía se enfada toda y quiere ir al circo... La amenaza de Ronald 'Te mato si no vienes' pesa sobre su cabeza...».

= ANALISIS: ¿Qué problemas tiene cada uno de nosotros, que los demás ni ven ni aciertan siquiera a comprender cómo nos afectan de verdad?

—Se afirma que los niños tienen problemas, pero que enseguida los olvidan con cualquier distracción y se les van enseguida con cualquier cosa.

—Se dice que las soluciones que les damos muchas veces, no valen; como no ven otra oportunidad, se aguantan y viven con lo que de nuevo se les presenta. Pero, en el fondo, los problemas suyos quedan sin resolver y eso ni es lógico ni justo.

—¿Qué os parece? ¿Discutimos estas dos afirmaciones, con el fondo del circo de Lucía? El intentar ayudar directamente los problemas de los hijos, sin pasarlos por alto, como olvidando la trascendencia que ellos sienten y les dan, suele decirse que es una excelente forma de mejorar su iniciativa. Lo contrario, les inhibe y los hace retraídos o rompen su rebeldía por otra parte. ¿Qué os parece?

*** Iniciativa 12: «No le digas tú eres un..., sino yo me siento mal cuanto tú haces eso»**

+ SITUACION: «El otro día fuimos, éste y yo, a ver al profesor de historia de Carmelo, 1.º de BUP. No va mal, pero es que no aguanta el que le hagan injusticias... Por supuesto, que lo de la nota no es tan importante... pero luego, cuando tenga que ir a la Universidad o a alguna Escuela Superior, unas décimas son decisivas... El profe reconoce que podría darle un poco mejor nota, pero que las pruebas son objetivas y se sigue el mismo baremo para todos... Y además nos dijo, y esto no lo tolero, que a Carmelo le va bien esto porque es un tanto engraido y protesta por todo en clase y, bueno, sin ofender demasiado, que Carmelo es también un chico...»

= ANALISIS: Proponemos que vosotros dos tratéis de hacer un diálogo aquí en público sobre cómo veis esta situación que comenzasteis a describir. Después, entre todos,

ya os daremos nuestra «sentencia final».

—Rogelio. Huyyy, esto de sentencia final...

—Casia. Bueno, pues yo creo que eso de clasificar, sin más, a Carmelo no está nada bien... Si mi hijo tiene razón...

—Rogelio. Yo creo que la tenía. ¿Qué más le dará a un profesor ponerle un nadita más alto o más bajo a un alumno, si con esto le fastidia luego en su vida...?

—Casia. Además, Carmelo no es así: no es engraido, es justo. Si no tiene razón, enseguida cede; pero si la tiene...

—Rogelio. Bueno, yo creo que un poco engraido, sí lo es. Es que siempre le han ido las cosas bien.

—Casia. No, no lo es. Es que tú siempre sentencias: si te discute las cosas, un engraido; si cede, un débil...

—Rogelio. A tí nunca te cayó demasiado bien ese profesor. Y, si no te cae bien alguien, hasta que le sometes y logras que te dé la razón, no cedes. Tiene que ser lo que tú dices.

—Casia. Bueno, no digas eso. Tú, siempre que hablas de eso...

—Rogelio. Es que tú eres...

—Casia. Estamos dando el espectáculo; pero es que tú eres... Bueno al grano, ¿dónde estábamos...?



Eso, dónde estábamos? Lo que quizá pueda afirmarse es que, cuando la gente comienza en un diálogo o discusión a definir al otro, se pierde el tema y comienza un cierto enfrentamiento personal... La técnica del respeto al otro y de la relatividad con que cada uno pueda ver las cosas, hace que una comunicación fluida no se fije tanto en el «tú eres...» sino, más bien, en el «cuando tú hablas, yo me siento de esta o de otra forma...» Esta postura deja al otro más libre y no atacado como persona; simplemente le refleja que su actitud produce de hecho en mí un determinado sentimiento. ¿Por qué? Pues le abro la puerta para que piense que este sentimiento no se genera en mí necesariamente «porque él o ella sea así» sino quizá por otras cosas o formas que tengo yo de ver la vida o este tema en particular; pero no se siente atacado personalmente con el «tú eres», que corta o desvía el tema y se abre a un enfrentamiento personal.



Aplicado esto a nuestra relación con los hijos, querría significar que nos merecen el mayor respeto y el no ser calificados fácilmente por nosotros ante cualquier acción o actitud. No le digas «tú eres» sino, cuando tú te comportas de esta forma, yo me siento...»

*** Iniciativa 13: «A solas y con todo el tiempo por delante»**

+ SITUACION: «Bueno, a mí me gustaría hablarse así a mis padres, tal como dicen en esta encuesta que nos ponen... Pero uno no va a pedirles una audiencia de quiero hablar con vosotros... Esto no sale y yo no soy capaz. Claro que entre nosotros hablamos. Y, si quieres ir por una chica, le dices quiero hablar contigo... El otro día, por ejemplo, en una fiesta que tuvimos en COU... Pues vas y le dices: te invito a una copa y hablamos... Pero con tus padres nunca es lo mismo... Más bien, uno tiene malos recuerdos de cuando te decían o dicen todavía... «Choco, tengo que hablar contigo»... La bronca viene, seguro. A veces, según preguntáis también en la encuesta esa, puede ser que no haya tiempo; pero a mí me parece que tiempo hay y nos estamos callados ahí tantas veces, comiendo o viendo la TV o no haciendo nada... pero lo que faltan son ganas: cuando alguien quiere hablar, justo en el momento ese, se le ocurre que tiene algo urgente... Pero esto también nos pasa a nosotros con ellos...»

= ANALISIS: Nadie tiene iniciativa de comunicarse con nadie si no siente que tiene delante a una persona de verdad disponible. Todas esas palabras «venga, rápido, que hoy tengo prisa», «acaba de una vez», «¿no tenías tanto que decirme?... y ahora te quedas callado»... no consiguen más que, para otra vez, uno no comienza a comunicarse... Y esto es un tema tan sutil como es la comunicación; pero los niños quieren también ver a sus padres disponibles, a veces días enteros, para jugar, para hablar, para hacer excursiones o trabajar juntos en cualquier cosa. No hay cosa más triste para un niño que el ver a su padre o a su madre dedicar tiempo largo e indiscriminado a tantas personas y que nunca «tenga tiempo» para ocupar sus horas con él. Nadie mejor que los padres para ayudar a que la iniciativa del niño crezca; y nunca crece tanto la iniciativa como cuando los padres ven de cerca, asisten, animan y ayudan a que el niño comparta su vida lúdica con ellos.